



Gabriel Di Meglio

# MANUEL DORREGO

Vida y muerte de un líder popular

BIOGRAFÍAS ARGENTINAS



edhasa

Librería García Cambiero

GABRIEL DI MEGLIO nació en Buenos Aires en 1973. Se graduó de Doctor en Historia en la Universidad de Buenos Aires, donde previamente obtuvo los títulos de Profesor y Licenciado en Historia. Es investigador adjunto del CONICET con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" y es docente de Historia Argentina I (1776-1862) en la carrera de Historia de la UBA. Durante años ha investigado la participación política popular durante la primera mitad del siglo XIX rioplatense, tema sobre el que publicó numerosos artículos y los libros *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo* (2006), *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas* (2007) e *Historia de las clases populares en la Argentina desde 1516 hasta 1880* (2012); además compiló con Raúl Fradkin *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense* (2013). Participó como escritor y conductor en varios ciclos televisivos del Canal Encuentro, como *Bio.ar*, *La historia en el cine*, *Bajo Pueblo*, y el dibujo animado *La asombrosa excursión de Zamba*, entre otros.

## Introducción

Alegría o tristeza, ¿qué significa la revolución para vos?

The Cult

Juan Manuel de Rosas llora. No oculta sus lágrimas, todos pueden ver que el gobernador está llorando. La voz vibra mientras alaba la trayectoria del difunto y arroja una guirnalda sobre su tumba para concluir la ceremonia. La multitud observa, rodeada de banderas enlutadas. Los uniformes del ejército y la milicia otorgan alguna regularidad a una imagen variada, ya que cientos de personas, hombres y mujeres, ricos y humildes, se apretujan sin orden en el cementerio del Norte para este acto final de la larga jornada. Antes, algunos ciudadanos condujeron a pulso el carro con el féretro desde el fuerte hasta la catedral; dos caciques llegados de la frontera y cincuenta mendigos –que el gobierno visitó para la ocasión– lo escoltaron en el breve periplo, mientras cañonazos y descargas de fusil creaban una atmósfera solemne. En el interior, la orquesta ha interpretado el Réquiem de Mozart. Termina la misa y luego sí, en marcha hacia la Recoleta para el último homenaje. Nunca, lo destacan todos, se ha visto algo así en la ciudad. Es el 21 de diciembre de 1829 y Buenos Aires saluda a quien ha sido su gobernante, asesinado un año antes. Se despide del líder federal, del “padre de los pobres”. Le dice “adiós, adiós para siempre” a Manuel Dorrego.<sup>1</sup>

Indudablemente, solo un personaje excepcional puede generar semejante conmoción en sus exequias. Y eso fue Dorrego: revolucionario, guerrero de la independencia, promotor del republicanismo, exiliado, dirigente popular, demócrata convencido y referente del federalismo. Impetuoso en sus actos, provocador en sus escritos y discursos, querido y odiado como pocos de sus contemporáneos. Dejó su impronta en un país que se estaba formando. Vivió su vida a puro vértigo, por sus rasgos

personales y porque la época, marcada por la revolución, lo empujó a hacerlo. Arriesgó permanentemente, ganó y perdió. Su fusilamiento provocó una guerra decisiva. Su recuerdo fue cantado en los fogones. Su vida, y su muerte, apasionan todavía hoy.

Dorrego es uno de los pocos personajes federales que ingresaron en el panteón de héroes nacionales. En todas las principales ciudades del país, por ejemplo, hay desde hace décadas calles con su nombre, lo cual no ocurrió con otros paladines de ese movimiento. Su figura ha estado muy presente en la memoria pública, en los discursos de distintas fuerzas políticas y también en el arte a lo largo de la historia argentina, con mayor o menor intensidad de acuerdo al momento.<sup>2</sup>

Por supuesto, también los historiadores le dedicaron una atención considerable. Desde el siglo XIX se publicaron al menos 26 biografías –ya un año después del fusilamiento su compañero político Pedro Cavia escribió la primera– y recopilaciones documentales centradas en él. Existen además otros 14 libros y numerosos artículos que abordan aspectos parciales de su vida, lo cual lo convierte en una de las figuras argentinas más visitadas por la historiografía, porque además todas las historias generales del país o de esa época le dedican unas páginas.<sup>3</sup> De aquellos 40 libros que lo tienen como protagonista, nueve fueron publicados entre 1998 y 2011, lo cual muestra que el interés por Dorrego se ha mantenido e incluso incrementado.<sup>4</sup>

¿Por qué escribir otra biografía, una más, sobre un personaje que ya fue tan discutido, tan explorado? Considero que faltan elementos por esclarecer de su trayectoria y espero que esta obra ayude a conocerlos. Asimismo, se presentan aquí hipótesis nuevas sobre algunos aspectos centrales de la vida de Dorrego. Finalmente, creo que como dijo un gran historiador, “la historia tiene que ser reescrita en cada generación porque, aunque el pasado no cambia, el presente sí lo hace”, y entonces las preguntas se transforman.<sup>5</sup> Analizar a Dorrego desde la actualidad es estimulante tanto por el regreso de debates acerca del siglo XIX argentino en la escena pública, como porque es posible revisar su vida a la luz de distintos hallazgos que hicieron los historiadores en los últimos años sobre su época, que permiten pensarla de modos novedosos.

No oculto mi simpatía por Dorrego –me parece difícil investigar una vida en profundidad sin sentir atracción o rechazo por la persona estudiada– pero este libro no es una hagiografía, una celebración, como ha

ocurrido con antiguas obras que lo plantean como un héroe sin mácula, buscando disimular los hechos menos felices que protagonizó o justificándolos para defenderlo. Mi intención, en cambio, es comprender a Dorrego en la sensibilidad y las luchas de sus días, recobrar su intensidad como individuo, explorar cómo combinó sus ambiciones personales con causas colectivas, cómo percibió la revolución que condicionó su existencia y también qué le aportó a ella; explicar cuáles fueron las experiencias en las que modeló sus ideas y sus formas de hacer política, por qué fue tan querido y tan detestado, cómo se convirtió en un líder, cuáles fueron las causas de su fusilamiento y por qué su muerte tuvo tanto impacto. Seguirlo en su permanente movilidad, aprovechándola para iluminar brevemente cómo eran los escenarios en los que le tocó actuar: de Buenos Aires —ciudad natal y eterno punto de retorno— a Santiago de Chile; Tucumán, Salta y Jujuy; la Banda Oriental y Santa Fe; Jamaica y Baltimore; Santiago del Estero y la recién nacida república de Bolivia. Entenderlo *en* su época. Y dilucidar aspectos de ella a través de su derrotero vital.

Para lograr esos objetivos tomé, por supuesto, información presentada en varias biografías anteriores y también acudí a los aportes de textos sobre aspectos más específicos de Dorrego.<sup>6</sup> Intenté asimismo corregir ciertos datos erróneos que fueron repetidos de libro en libro. Como la mayoría de las biografías, opté por un orden cronológico clásico para la exposición, fundamentalmente porque la vida de Dorrego es divisible en etapas que pueden delimitarse con claridad y que son bien diferentes una de otra, con lo cual es provechoso ir presentándolas en orden, siguiendo los caminos del protagonista.

Utilicé una documentación amplia, con características y procedencias muy diversas. En primer lugar, apelé a la producción escrita del propio Dorrego, que es variada, pero así como abunda en algunos períodos de su vida es escasa o inexistente en otros. Se conservan varias cartas —algunas muy significativas—, los artículos que publicó en distintos periódicos —*La Crónica Argentina*, *El Republicano*, *El Argentino*, *El Tribuno*—, el breve diario de una campaña militar, y sus abundantes comunicaciones y medidas de las dos oportunidades en que fue gobernador de Buenos Aires. Su voz puede “escucharse”, asimismo, en algunos juicios y en sus interesantes intervenciones parlamentarias, que han quedado registradas en los diarios de sesiones de la legislatura porteña

en 1823 y del congreso constituyente de 1826 y 1827. Luego hay que recurrir a lo que opinaban de él sus contemporáneos: en la prensa local, en la correspondencia, en informes de diplomáticos, periódicos y viajes extranjeros, en los partes militares de sus jefes, en los litigios en los que se vio involucrado y en lo que se dijo más tarde en distintas memorias y autobiografías. Muchas de las fuentes que usé fueron empleadas en biografías anteriores –incluso se han publicado en apéndices documentales sumamente útiles– y hay obviamente citas que han sido ya incluidas en todos los libros sobre el tema, pero también añadí documentos inéditos, algunos de los cuales no fueron utilizados previamente. En todos los casos modernicé la caligrafía para favorecer la lectura.<sup>7</sup>

Mi interés por Dorrego es ya largo y se me permitirá referir una anécdota infantil al respecto, que ilustra en parte las construcciones de relatos sobre el pasado en la Argentina. En 1983 o 1984, cuando estaba en quinto o sexto grado de la primaria, hicimos una excursión al Museo Histórico Nacional, a cuyo término nos sirvieron leche chocolatada –o quizás mate cocido– en vasos rojos y celestes, lo cual sirvió para que la guía dijera que según el color que tuviéramos éramos federales o unitarios. Al día siguiente, y como algo excepcional, el juego en el colegio fue ese: federales contra unitarios, y durante un par de semanas la actividad de los recreos, que era básicamente una excusa para empujarse y cruzar imaginarias espadas, se basó en las guerras civiles argentinas, para luego volver a inspirarse en series televisivas como *SWAT*, *Combate* o *Brigada A*. En aquella repartija inicial de vasos me había tocado en suerte ser unitario; guía o maestra mediante, cada uno adoptó un personaje. Sinceramente no recuerdo cuál fue el mío –Sarmiento tal vez– pero cuando llegué a mi casa y me proclamé unitario el comentario risueño de mi papá fue que era mejor ser federal porque los unitarios eran “los malos”. Era un argumento convincente y cambié de bando, eligiendo ser el poderoso Urquiza, pero al llegar a la escuela me encontré con que un compañero de los que habían recibido vaso rojo reclamó ese nombre por haberlo pedido primero y además, como era entrerriano, tenía especial derecho a él. Decidí entonces ser Rosas, pero cuando volví y me puse a charlar con mi mamá sobre ese personaje –sin mencionarle el motivo– me comentó al pasar algo que me hizo repensar la elección: Rosas, dijo, había sido federal, pero también había sido autoritario. Situación compleja, más

en ese momento de apertura democrática donde cualquier signo autoritario era particularmente execrable, ¿quién podía ser? Ahí estaba Dorrego, con su perfil heroico, pero lo habían matado y no era muy tentador ser alguien que había perdido (aunque también es verdad que buena parte del resto de los héroes federales había terminado trágicamente, como Quiroga, Ramírez, Peñaloza y el mismo Urquiza). Al final me convencí y fui Dorrego por unos días. Leí acerca de él y se convirtió en mi figura histórica favorita; su muerte me indignaba. Con los años lo olvidé, pero nunca del todo. Ya como investigador, empecé a analizar al personaje cuando me dediqué a explorar los rasgos de la participación política popular en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX. Me atraía su carácter de “tribuno de la plebe”.<sup>8</sup>

Desentrañar las razones por las cuales Dorrego fue tan popular y cómo construyó su liderazgo es precisamente un objetivo central de este libro. No sólo debido a que es fundamental para entender su vida sino también porque contribuye a entender una cuestión clave para la Argentina, constitutiva en el largo plazo de su cultura política: la relación entre ciertos líderes y las clases populares. De todos modos, mi perspectiva no se limita a ese problema crucial. Al comenzar a investigar a Dorrego fui incorporando otros aspectos de gran interés, como la relación con su padre portugués, su opción por la revolución, su papel de militar exitoso en el combate, innovador en estrategia e indisciplinado con sus superiores, su responsabilidad en los desmanes porteños cometidos en la Banda Oriental y Santa Fe, lo que ocurrió en su poco conocido exilio estadounidense y la influencia que recibió de las ideas jeffersonianas que allí primaban, sus diferentes posicionamientos en los escenarios políticos porteños, su concepción de la república y de la democracia, su liberalismo y su defensa de un proteccionismo agrario, su anticlericalismo y su recelo hacia los extranjeros, su actuación parlamentaria y periodística, su relación con personajes clave como Belgrano, San Martín, Pueyrredón, Rosas y Bolívar, sus dificultades económicas, lo poco que se puede reconstruir de su vida familiar, y los pequeños episodios que protagonizó cuando intervino públicamente. Y, de modo central, qué concepciones sobre el federalismo defendió cuando lo propuso como régimen alternativo al unitario para organizar el país.

En las páginas que siguen procuro reunir esas facetas en un retrato amplio, que espero sirva para comprender a uno de los individuos más

fascinantes del siglo XIX rioplatense y, por qué no, para contar con nuevos elementos que permitan pensar aspectos centrales de la historia argentina.

## NOTAS

<sup>1</sup> La descripción más minuciosa de la jornada es la del diario personal de Juan Manuel Beruti, quien dice que Rosas estaba “todo conmovido” y “sin poder contener las lágrimas” (consigna también el “adiós, adiós para siempre” con el cual el Restaurador cerró su alocución), en *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 437 a 440. Otra buena descripción en el periódico *The British Packet. De Rivadavia a Rosas*, recopilación, traducción, notas, prólogo e índices de Graciela Lapido y Beatriz Spota de Lapieza Elli, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, pp. 279 a 282.

<sup>2</sup> En el epílogo reviso brevemente de qué modo fue recordada la figura de Dorrego a lo largo de la historia y las razones de su lugar en el panteón.

<sup>3</sup> Entre las biografías que más circularon están las de José T. Guido, *Vida de Manuel Dorrego*, Buenos Aires, Imprenta y Librerías de Mayo, 1877; Mariano Pelliza, *Dorrego en la historia de los partidos unitario y federal*, Buenos Aires, C. Casavalle, 1878; Carlos Parsons Horne, *Biografía del coronel Dorrego*, Buenos Aires, Coni, 1922; Juan Manuel Tonelli, *Manuel Dorrego, apóstol de la democracia*, Buenos Aires, Huarpe, 1945; Arturo Capdevila, *Historia de Dorrego*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949; Lily Sosa de Newton, *Dorrego*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1967; Andrés Carretero, *Dorrego*, Buenos Aires, Ediciones Pampa y Cielo, 1968; y Hernán Brienza, *El loco Dorrego*, Buenos Aires, Marea, 2007. Todas ellas han sido consultadas para este libro.

<sup>4</sup> Luis Fernando Conde, *Manuel Dorrego: una clave para nuestra historia*, Piso, Uruguay, Florida Blanca, 1998; Enrique Mayochi, *Manuel Dorrego: diputado del país federal*, Buenos Aires, Círculo de Legisladores de la Nación Argentina, 1999; Gisela Aguirre et al, *Manuel Dorrego*, Buenos Aires, Planeta, 2000; Brienza, *El loco Dorrego*, op. cit., 2007; Raúl Fradkin, *¡Fusilaron a Dorrego! O cómo un alzamiento rural cambió el curso de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008; Gustavo Recalt, *Manuel Dorrego, “una senda cubierta de espinas”*, La Plata, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2010; Antonio Calabrese, *Manuel Dorrego: el héroe y sus tribulaciones*, Buenos Aires, Lumiere, 2010; Argentino Veraz, *Las locuras y hazañas de Manuel Dorrego, un héroe argentino*, Buenos Aires, Dunken, 2011; Inés M. Calceglia, *Manuel Dorrego, el primer asesinato político de la historia argentina: acerca de la transformación del adversario político en enemigo*, Buenos Aires, Ediciones Fabro, 2011.



QUERIDO Y ODIADO COMO POCOS de sus contemporáneos, Manuel Dorrego dejó su impronta en un país que se estaba formando. Vivió su vida a puro vértigo, por sus rasgos personales y porque la época, marcada por la revolución, lo empujó a hacerlo. Arriesgó permanentemente, ganó y perdió. Su fusilamiento provocó una guerra decisiva. Su recuerdo fue cantado en los fogones. Su vida y su muerte apasionan todavía hoy.

De hecho, Dorrego es uno de los pocos personajes federales que ingresaron en el panteón de los héroes nacionales. Fue llamado el "padre de los pobres". Y alternativamente se lo puede recordar como revolucionario, guerrero de la independencia, promotor del republicanismo, exiliado, dirigente popular, demócrata convencido y referente del federalismo. Su derrotero vital es apabullante; su actividad y su defensa de una política nacional, a menudo también.

Esta brillante biografía de Gabriel Di Meglio, lo analiza según la sensibilidad y las luchas de sus días. Se formula las preguntas decisivas: ¿Cómo se convirtió en un líder? ¿Cuáles fueron las causas reales de su fusilamiento? Y además explora de qué modo combinó sus ambiciones personales con la defensa de causas colectivas; explica cuáles fueron las experiencias que modelaron sus ideas y sus formas de hacer política; y analiza por qué su muerte tuvo tanto impacto. Es decir, lo entiende en el contexto de su época y reconstruye la época a través de un personaje excepcional. Carismático e impetuoso, lúcido estratega y a menudo preso de sus arrebatos pasionales, Manuel Dorrego, para adeptos y enemigos, tiene el perfil de un héroe.

ISBN 978-987-628-297-0



9 789876 282970